

**Categoría:** Testimonios, 3er. Lugar

# “Un Juego Hecho Realidad”

**Por Diana Garrett del Rio, México**



## UN JUEGO HECHO REALIDAD

Por Diana Garrett del Río

Mi corazón latía tan fuerte que sentía que se saldría de mi pecho. Musité algo parecido a una oración pidiendo que el Señor hiciera invisible nuestro refugio. Un hombre sospechaba que andábamos cerca e interrogaba a otro que estaba por ahí. Temíamos que nos fuera a entregar. Eran tan fuertes las emociones que fue difícil acordarse que se trataba de un rally en el Campamento Kikotén. ¿El tema? La Iglesia Perseguida.

El juego duró unas dos horas. Al final los equipos se disolvieron, y terminamos unidos protegiéndonos de nuestros perseguidores que se infiltraban en el bosque de la manera más aterradorante. ¿Quién se acordaba que estos verdugos eran realmente los confidentes, encargados de velar por el bien espiritual de los camperos? Hasta a mí se me olvidó que no era campera, sino parte del grupo de apoyo de los organizadores. Después del rally, pasamos unas cuatro horas de reflexión en la fogata: compartimos, reímos, lloramos, oramos unos por otros.

El tema general del campamento: Las Misiones. El propósito: Involucrar a los jóvenes mexicanos en el movimiento misionero mundial. Los conferencistas fueron misioneros experimentados, pero ahora ellos mismos se acuerdan más que estuvieron rescatando cristianos de la cárcel durante el rally, que de sus mismas conferencias. De igual manera, la feria de agencias misioneras y las alabanzas en múltiples idiomas se esfumaron en el tiempo.

Pero, pregúntenos del rally, y hablaremos horas. De cómo nos privaron de alimentos casi todo un día. Pregúntenme del culto mixteco en que celebramos la Santa Cena con Coca Cola. Y de la misionera mexicana que había pasado varios años en Marruecos, con quien platicamos horas en la noche.

Con el fin de ilustrar la urgencia de apoyar a un misionero, una de nuestras compañeras de cabaña tuvo que entregar todas sus pertenencias, y las demás le compartimos las nuestras. Algunas le dieron calcetines y chamarras, y yo le presté mi bolsa de dormir. Las noches frías de Kikotén con una simple sábana para taparme nunca se me van a olvidar. Ahora cada vez que escucho de la necesidad de un misionero, respondo más rápidamente.

Hace poco estaba escuchando a unas mujeres tzotziles relatar su huida en la noche con varios niños muy pequeños. Cuando llegaron sus perseguidores dispuestos a matarlas con machetes, se ocultaron tras unos matorrales. Usando lámparas, los hombres buscaban movimiento en las malezas. Las lágrimas brotaron de sus ojos al revivir el terror. De pronto reapareció la zozobra que sentí en el refugio aquél día en Kikotén. Aunque la realidad no se puede comparar a un juego, me acercó un poco a la vivencia aterradora de estas mujeres.

Desde mi niñez he participado en campamentos, pero éste es el que más ha influido en mi vida. El poder de un juego hecho realidad me hizo olvidar quién era yo, y me permitió entrar en un mundo desconocido arrojándome a los brazos de Cristo. Este impacto no se ha desvanecido con el tiempo, más bien se acrecienta cada vez más.